

# SUMARIO

Pág.

7	PRESENTACION	Gonzalo Tejerina Arias
11	PERSPECTIVA	Temores, esperanzas y propuestas del personalismo (Antonio Ruiz)
18	EXIGENCIA	Tareas pendientes del personalismo (Félix García)
23	ENSAYO	De mística y de política (Carlos Díaz)
68	COMUNICACIONES	Reinventar la filosofía (José María Vegas)
68	TABLON DE ACONTECIMIENTOS	
73	BIBLIOGRAFIA	
79	LISTADO DE MIEMBROS DEL INSTITUTO	
83	CORREO DEL INSTITUTO	

## PRESENTACION

En tus manos, lector amigo, otra vez *Acontecimiento*. La segunda vez que llegamos a ti, aún con la emoción y la pequeña inseguridad de todos los comienzos, mientras se va consolidando el Instituto del que estas páginas son voz pública. Y de nuevo aparece aquí la inspiración fundamental que guía nuestro quehacer. Desde los principios básicos heredados del personalismo de *Esprit* nos colocamos expectantes y activos ante el flujo de nuestra historia para comprenderlo, interpretarlo, transformarlo. Los trabajos contenidos en este número responden a esta colocación que hemos explicitado en tres momentos, tres titulares genéricos: *perspectiva, exigencia y ensayo*.

Queremos ceñirnos con esmero a los perfiles de nuestro presente. Sabemos que en él se coagula un pasado y está en incubación lo porvenir. Pero hemos de situarnos ante él desde la visual que nos permita captar su movimiento más amplio, que nos revele las claves más recónditas que generan el hecho puntual. Sin perspectiva, la historia de nuestros días, no será más que el sumatorio de acciones que no manifiesta el latido interior que las anima. Por aquí, pues, empezamos. No pretendemos elaborar una perspectiva omniabarcante, desde cuyo ángulo abracemos la totalidad social de nuestra hora. Más modestamente, nos situamos en perspectiva, adoptamos tal posición, y, desde ella, ofrecemos un escorzo sobre la realidad sin aspiraciones totalizadoras que de momento nos exceden. Aquí se sitúa el trabajo de Antonio Ruiz que sigue a esta presentación, elaborado desde la percepción de los temores y las esperanzas de nuestro tiempo, buena atalaya desde la que contem-

plaz al hombre contemporáneo y desde la que verificar la validez de nuestra propuesta.

## PRESENTACION

Hablar de temores y esperanzas supone un análisis, al menos parcialmente, negativo de nuestro presente y la convicción última de que el temor no es invencible a pesar del espesor de la negatividad. En un momento histórico marcado en profundidad por el cansancio y el desasosiego, cuando el optimismo firme causa malestar cuando con él —raramente— se viene a tropezar, y se aboga directamente por la «razón sin esperanza», es bueno y legítimo oír otras entonaciones. Es bueno, nos hace bien, necesitamos de ello y es además legítimo, razonable. Frente al notable ímpetu despersonalizador de nuestra cultura, en el erial humanista de nuestros días, cabe recordar los versos de Hölderling, largamente meditados por Heidegger y por él acogidos esperanzadamente:

«Pero allí donde está el peligro  
allí nace lo que salva.»

Y a la mente viene también las palabras de San Pablo a las que, si bien escritas en contexto religioso, no dudamos en conceder alcance humano general: «porque donde abundó el pecado, allí sobreabundó la gracia». Esto es, que levantando acta precisa de los males de nuestro tiempo, nos permitimos hacer un acto de fe en un mañana mejor porque detectamos en el presente las energías suficientes para ello. Nuestro acto de fe es, por tanto, razonable, como mandan los cánones del creer humano a fin de que éste no sea puro movimiento emocional. *Acontecimiento* y todo lo que detrás de estas páginas ésta, apuesta razonablemente por la ilusión generadora de bondades. Esta misma apuesta forma ya parte esencial de nuestra propuesta. Ni la sospecha, la estructura o la máscara, ni los millones de muertos de hambre, Auschwitz o el Gulag son la última palabra, aunque sean palabra grave, sobre el ser y las capacidades del sujeto humano. Entre el tropel de temores queda sitio para la esperanza. Hay en el hombre una inconformidad radical que no le consiente resignarse al embotamiento, un ansia de felicidad suficiente para romper el mandato del desamor, una soterrada aspiración de grandeza para exorcizar el conjuro de la mediocridad sobre él pronunciado. Nos situamos, pues, en un realismo ilusionado, haciendo valer los fueros de la razón crítica

y amorosa. La reacción de los jóvenes del movimiento *Esprit* contra el «desorden establecido» a comienzos de los años 30, nos inspira y estimula y desde esas señas nos abrimos a todo aquél que trabaje lealmente en bien del hombre. Sabemos que hoy, en nuestra coordenada histórica, no somos los únicos en el afrontamiento transformador de una realidad que no gusta. Nuestra fe de fondo en el hombre nos lo hace suponer y constatándolo luego, nos sentimos confirmados en ella. Desde nuestro patrimonio espiritual estaremos cerca de aquellos que verdaderamente tienen la causa del hombre en la mira de sus desvelos.

La perspectiva nos conduce, de esta forma, al compromiso. *Exigencia* es palabra, que con las de compromiso o militancia, de la que nos habla *Félix García*, hoy es palabra de sonido duro. No vale la pena reiterar los tópicos sobre el desencanto o el amuermamiento generalizado que cunde por estas latitudes, por más que los tópicos, aunque tales, digan también verdad. Ciertamente es, con todo, que nuestro elogio del compromiso militante nos sitúa a contrapelo de las corrientes culturales dominantes, lo cual ni nos desalienta ni nos produce sensación de superdotados. Simplemente creemos reivindicar un talante verdaderamente humano y humanizador. No vale, como dice *Félix García*, refugiarse en el jardín privado de Epicuro, pero tampoco retenemos válido el jardín del *Cándido* volteriano a cuyo cultivo el personaje se retira en busca de sosiego, en compañía de sus fieles, perplejo por los muchos males del mundo. El personalismo reclama una presencia social incisiva, la voluntad transformadora le es consustancial y ésta requiere la implantación en el tejido histórico en el que se entretelen los bienes y los males. Rechazado frontalmente Epicuro (al menos en su versión más degradada), cabría recordar, a la vista de las soluciones endógenas, de construcción de pequeños paraísos al abrigo del temporal exterior, la crítica que Mounier hacía a lo que él llamaba el «anticapitalismo bucólico» de G. Duhamel, búsqueda intempestiva de una bienaventurada sociedad patriarcal. Ciertamente hemos de aprehender lo que de enriquecedor aportan a nuestras perspectivas las oleadas de ecologismo, naturalismo, vegetarianismo y movimientos similares. Quizá la invocación de la lucha, la militancia, la acción comprometida, resulte hoy para muchos, con heridas de guerra o cansados de no caminar, una apelación a cierto voluntarismo que se ha revelado infructuoso. Recogemos, en consecuencia, las llamadas a la contemplación, el juego, la fiesta. Realidades, por

lo demás, nada ajenas a la espiritualidad interior de Mounier. Pero tales instancias sólo serán verdaderamente personalizadoras insertadas, adecuadamente, en un compromiso transformador del cual han de ser igualmente un elemento activo más.

La tercera categoría, bajo la que se sitúa el trabajo de Carlos Díaz, es la del ensayo, el trabajo de creación intelectual, imprescindible en nuestro proyecto. La sed de teoría de la que se hablaba en el primer número de *Acontecimiento* es en nosotros una realidad concreta que busca apagamiento. Nos vemos indigentes en saberes y queremos cultivar la creación intelectual. El artículo de Carlos Díaz acomete un tema axial sobre el que habremos de volver más veces, la relación mística-ética-política. Desde la asunción de lo político en sentido amplio, en busca de una verdadera comunidad humana, se hace inevitable el discurso sobre la moralidad de lo político. Mística-política, ética-política es un viejo discurso personalista permanentemente necesario que se estrella con el «realismo» grosero de la praxis política concreta. En ésta se abandona, en gran proporción, el rigor ético y se justifica la operación como absolutamente necesaria para hacer realmente política. Las promesas electorales ya se sabe que son en buena parte mentira y cuando ya en las elecciones se comienza así, no cabe esperar mayores virtudes en la praxis de la política cotidiana. En su magnífico libro *Más allá de la religión burguesa*, cuenta Johann Baptist Metz la declaración de Bismarck, forjador del moderno estado alemán: con el Sermón de la Montaña no se podía «construir ningún estado». Es probable que el canciller alemán tuviera razón; es seguro, en todo caso, que nosotros no queremos construir un estado precisamente. Conocido es, al respecto, el pensamiento personalista. Pero mientras haya estado, aspiramos a introducir en su política referencias éticas claras y vinculantes, y la denuncia de su abandono, por más que resulte poco simpática, como toda denuncia, es un deber.

Lector amigo, esto es simplemente una introducción y, por ello, es bueno que acabe ya. Encontrarás en este número las secciones que habitualmente completan el cuerpo expositivo de la revista: Tablón de acontecimientos, bibliografía, Correo del Instituto..., éstas, como toda la revista, siempre abiertas a la participación de todos. Juntos seguiremos haciendo estas páginas en que expresar nuestra idea y nuestros afectos.